



LA
PROFECÍA
DE LAS
HERMANAS

MICHELLE ZINK

*A mi madre, Claudia Baker.
Por apostar por mí.*

Título original: *Prophecy of the Sisters*

Esta obra fue publicada por acuerdo con Little, Brown, and Company,
New York, New York, USA. Reservados todos los derechos.

1.ª edición: octubre de 2009

© Del texto: Michelle Zink, 2009
© De las ilustraciones: Leah Palmer Preiss, 2009
© Little, Brown and Company, 2009
© De la traducción: María Teresa Marcos Bermejo, 2009
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-8540-2
Depósito legal: B. 32369/2009
Impreso en Romanyà Valls, S. A.
Capellades (Barcelona)
Impreso en España – Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real
Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.



ÍNDICE

Capítulo 1	7
Capítulo 2	16
Capítulo 3	27
Capítulo 4	37
Capítulo 5	47
Capítulo 6	62
Capítulo 7	72
Capítulo 8	82
Capítulo 9	92
Capítulo 10	104
Capítulo 11	108
Capítulo 12	122
Capítulo 13	136
Capítulo 14	146
Capítulo 15	157
Capítulo 16	172



Capítulo 17	180
Capítulo 18	190
Capítulo 19	198
Capítulo 20	204
Capítulo 21	217
Capítulo 22	228
Capítulo 23	235
Capítulo 24	244
Capítulo 25	254
Capítulo 26	260
Capítulo 27	274
Capítulo 28	286
Capítulo 29	300
Capítulo 30	306
Capítulo 31	314
Capítulo 32	322
Capítulo 33	332
Capítulo 34	340
Capítulo 35	347





Quizás no me haya percatado de la lluvia porque parece lo más apropiado. Cae a cántaros, un manto de hilos plateados precipitándose contra el duro suelo, casi invernal. Aún sigo de pie a un lado del ataúd, sin moverme.

Estoy a la derecha de Alice. Siempre estoy a la derecha de Alice y a menudo me pregunto si ya sería así en el vientre de nuestra madre, antes de que nos echaran llorando al mundo una tras otra. Mi hermano Henry está sentado al lado de Edmund, nuestro cochero, y de tía Virginia, ya que sentarse es todo cuanto Henry es capaz de hacer con sus piernas inválidas. Ha costado algo de trabajo subir a Henry con su silla al cementerio de la colina para que pudiera presenciar el entierro de nuestro padre.

Tía Virginia se inclina para dirigirse a nosotras entre el repiqueteo de la lluvia.

—Deberíamos irnos, niñas.



El reverendo se ha marchado hace rato. No sabría decir cuánto tiempo llevamos plantados en el montículo de tierra donde reposa el cuerpo de mi padre, puesto que he estado refugiada bajo el paraguas de James, una silenciosa barrera protectora que me sirve de minúsculo amortiguador frente a la evidencia.

Alice nos hace señas para que nos marchemos.

—Lia, Henry, vamos. Volveremos cuando haga sol y pondremos flores frescas en la tumba de papá.

Yo nací primero, aunque solo unos minutos antes, pero siempre ha quedado claro que es Alice quien manda.

Tía Virginia se dirige a Edmund asintiendo con la cabeza. Rodea a Henry con los brazos y se da la vuelta para emprender el paseo de regreso a casa. La mirada de Henry se cruza con la mía por encima del hombro de Edmund. Henry tan solo tiene diez años, aunque es mucho más maduro que la mayor parte de los chicos de su edad, y en las oscuras ojeras de mi hermano se refleja la pérdida de nuestro padre. Una punzada de dolor me saca de mi letargo para instalarse en algún lugar en mi corazón. Puede que Alice sea quien mande, pero yo siempre me he sentido responsable de Henry.

Mis pies no van a moverse, no van a alejarme de mi padre, frío y muerto bajo la tierra. Alice mira atrás. Sus ojos se encuentran con los míos entre la lluvia.

—Estaré con vosotros en un momento —tengo que gritar para hacerme oír, y ella asiente despacio, se da la vuelta y reanuda la marcha por el sendero en dirección a Birchwood Manor.

James toma mi mano enguantada en la suya y siento un enorme alivio cuando sus fuertes dedos se cierran sobre los míos. Se acerca más para hacerse oír entre la lluvia.



—Me quedaré aquí contigo el tiempo que quieras, Lia.

Tan solo puedo asentir mientras contemplo cómo se filtran las lágrimas de lluvia bajo la lápida de mi padre y leo las palabras grabadas en el granito:

Thomas Edward Milthorpe,
amado padre.

23 de junio de 1846 / 1 de noviembre de 1890

No hay flores. Pese a las riquezas de mi padre, es difícil encontrar flores en nuestro pueblo, al norte de Nueva York, estando tan cerca el invierno, y ninguno de nosotros ha tenido la entereza o la voluntad necesarias para disponer que se compraran a tiempo para el modesto entierro. De pronto me siento avergonzada por esta falta de previsión y echo una ojeada al cementerio familiar en busca de algo, cualquier cosa, que le pueda dejar.

Pero no hay nada. Tan solo unas cuantas piedrecillas tiradas bajo la lluvia, que forma charcos en la tierra y la hierba. Me agacho para coger unas cuantas piedras cubiertas de tierra y mantengo la palma de la mano abierta bajo la lluvia hasta que los cantos quedan limpios.

No me sorprende que James sepa lo que pretendo hacer, aunque no lo he dicho en voz alta. Somos amigos de toda la vida y desde hace poco, algo más, mucho más. Avanza al frente con el paraguas, ofreciéndome cobijo mientras doy un paso hacia la sepultura y abro la mano para dejar caer las piedras a lo largo de la base de la lápida de mi padre.

Se me sube la manga con el movimiento, dejando al descubierto un pedazo de la extraña mancha, el irregular círculo que



brotó en mi muñeca durante las horas que siguieron a la muerte de mi padre. Le echo una mirada furtiva a James para ver si se ha percatado. No lo ha hecho. Me tapo bien el brazo con la manga y coloco las piedras en una pulcra fila. Aparto mi pensamiento de la mancha. En él no hay espacio para ambas cosas, el dolor y la preocupación. Y el dolor no se hace esperar.

Me alejo contemplando las piedras. No son tan hermosas ni alegres como las flores que traeré en primavera, pero son todo cuanto puedo ofrecer. Me cojo del brazo de James y me doy la vuelta para marcharme, confiando en que me guíe hasta casa.



No es el calor del fuego del salón lo que me mantiene en el piso de abajo mucho después de que se haya retirado a descansar el resto de la familia. Mi habitación tiene chimenea, como la mayor parte de las habitaciones de Birchwood Manor. No, estoy sentada en el oscuro salón, tan solo iluminado por el resplandor del fuego que se extingue, porque no tengo ánimos para subir las escaleras.

Aunque hace tres días que murió mi padre, hasta ahora me he mantenido bastante ocupada. Ha sido necesario consolar a Henry y, aunque tía Virginia se haya encargado de los preparativos del entierro, me parecía justo echar una mano. Eso es lo que me he estado diciendo a mí misma. Pero ahora, en el salón vacío, acompañada tan solo del tictac del reloj de la chimenea, me doy cuenta de que únicamente he estado evitando el momento de subir las escaleras y pasar por delante de los aposentos vacíos de mi padre. El momento en que tendré que admitir que realmente se ha ido.



Me levanto rápidamente antes de perder el coraje, concentrándome en poner los pies, calzados con zapatillas, uno delante del otro, mientras subo la serpenteante escalera y atravieso el pasillo del ala este. Cuando paso de largo por la habitación de Alice y luego por la de Henry, mis ojos se sienten atraídos por la puerta del final del pasillo. La habitación que fue en su día el aposento privado de mi madre.

La habitación oscura.

De niñas, Alice y yo hablábamos de la habitación susurrando, aunque no sé cómo nos dio por llamarla la habitación oscura. Puede que fuera porque el fuego siempre está encendido en las habitaciones de techos altos durante nueve meses al año y solo las habitaciones deshabitadas se quedan completamente a oscuras. Sin embargo, incluso cuando mi madre vivía, la habitación parecía oscura, por eso se recluyó en ella meses antes de su muerte.

Continúo hasta mi habitación, donde me desvisto y me pongo un camisón. Estoy sentada en la cama, cepillándome el pelo para darle lustre, cuando unos golpes en la puerta me detienen en mitad de la operación.

—¿Sí?

Me encuentro con la voz de Alice al otro lado de la puerta.

—Soy yo. ¿Puedo pasar?

—Pues claro.

La puerta se abre con un chasquido y, al hacerlo, se introduce una ráfaga de aire más frío procedente del pasillo. Alice la cierra enseguida, se dirige a la cama y se sienta a mi lado tal como hacía cuando éramos niñas. Nuestros camisones, lo mismo que nosotras, son casi idénticos. Casi, aunque no del todo. Los de Alice siempre se confeccionan con seda fina a petición



suya, mientras que yo siempre he preferido la comodidad a la moda y llevo franela en cualquier época excepto en verano.

Extiende una mano reclamando el cepillo.

—Déjame.

Le entrego el cepillo tratando de no mostrar mi sorpresa mientras me doy la vuelta para que pueda acceder a la parte posterior de mi cabeza. No somos la clase de hermanas que se entretienen cepillándose una a la otra el pelo por la noche o compartiendo secretos.

Mueve el cepillo en largas pasadas, empezando por la coronilla y deslizándolo hasta las puntas. Al contemplar nuestro reflejo en el espejo en lo alto de la cómoda, resulta difícil creer que alguien sea capaz de distinguarnos. A esta distancia y bajo el resplandor del fuego parecemos exactamente iguales. Nuestros cabellos tienen el mismo brillo castaño bajo la débil luz. El ángulo de nuestros pómulos, la misma inclinación. Sin embargo, sé que hay sutiles diferencias que son inconfundibles para aquellos que nos conocen bien. Está la ligera redondez de mi rostro, frente a los contornos más afilados de mi hermana, y la lúgubre introspección en mis ojos, que contrasta con el travieso brillo de los suyos. Es Alice quien resplandece como una joya bajo la luz, mientras yo rumio, pienso y me asombro.

El fuego crepita en el hogar de la chimenea y yo cierro los ojos, permitiendo que se aflojen mis hombros mientras sucumbo al relajante ritmo del cepillado de mis cabellos. La mano de Alice continúa alisando la parte alta de mi cabeza, mientras prosigue:

—¿Te acuerdas de ella?

Mis párpados se abren de pronto. Se trata de una pregunta rara y durante un instante no estoy segura de cómo contestar.

Solo teníamos seis años cuando nuestra madre murió a causa de una inexplicable caída desde el precipicio que se encuentra cerca del lago. Henry había nacido unos pocos meses antes. Los médicos ya habían dejado claro que aquel hijo tan largamente deseado por mi padre jamás podría hacer uso de sus piernas. Tía Virginia siempre decía que mamá nunca volvió a ser la misma después de nacer Henry, y las dudas que rodearon su muerte aún perduran. No hablamos de ello ni de las indagaciones que siguieron.

Tan solo puedo ofrecerle la verdad.

—Sí, pero solo un poco. ¿Tú también?

Titubea antes de contestar, cepillándome todavía el pelo.

—Creo que sí. Pero solo así, de pronto. De vez en cuando, supongo. A menudo me pregunto por qué recuerdo su vestido verde, pero no el sonido de su voz cuando leía en voz alta. Por qué puedo ver con claridad el libro de poemas que dejaba sobre la mesa del salón y no recordar a qué olía.

—A jazmín y... a naranjas, creo.

—¿Así es como olía? —su voz es un murmullo a mis espaldas—. No lo sabía.

—Dame. Me toca.

Me giro para coger el cepillo. Ella se da la vuelta, complaciente como una niña.

—¿Lia?

—¿Sí?

—Si supieras alguna cosa de mamá..., si recordases alguna cosa, algo importante, ¿me lo contarías? —el tono de su voz es bajo, nunca la he oído tan insegura.

Se me atraganta el aire con esa extraña pregunta.

—Sí, por supuesto, Alice. ¿Y tú?



Se queda dudando, únicamente se escucha en el cuarto la débil pasada del cepillo por su sedoso pelo.

—Supongo que sí.

Deslizo el cepillo por su pelo, recordando. No a mi madre. Ahora mismo no. A Alice. A nosotras. Las gemelas. Recuerdo la época anterior al nacimiento de Henry, antes de que nuestra madre se recluyera a solas en la habitación oscura. Antes de que Alice se volviera reservada y rara. Lo natural sería volver la vista atrás, a nuestra infancia, y suponer que Alice y yo estábamos muy unidas. Entre las evocaciones más cariñosas, recuerdo su respiración suave en la oscuridad de la noche, su voz susurrante en la negrura del cuarto que compartíamos. Trato de recordar nuestra proximidad como algo reconfortante, de ignorar la voz que me recuerda nuestras diferencias, existentes ya entonces. Pero no funciona. Si soy sincera, he de admitir que siempre hemos rezelado la una de la otra. Aun así, era a su mano suave a la que me agarraba alguna vez antes de dormirme, y suyos los rizos que apartaba de mi hombro cuando dormía demasiado cerca de mí.

—Gracias, Lia —Alice se da la vuelta y me mira a los ojos—. Sabes, te echo de menos.

El calor de mis mejillas aumenta bajo su escrutadora mirada y la cercanía de su rostro al mío. Me encojo de hombros.

—Estoy aquí, Alice, como siempre.

Sonríe, aunque con un deje de tristeza y complicidad. Inclínándose, me rodea con sus delgados brazos, tal como hacía cuando éramos niñas.

—Y yo también, Lia. Igual que siempre.

Se pone en pie y se marcha sin decir ni una palabra más. Me quedo sentada en el borde de la cama bajo la escasa luz de la

lámpara, tratando de asimilar su inusual tristeza. No es propio de Alice estar pensativa, aunque con la muerte de papá supongo que todos nos sentimos vulnerables.

Las reflexiones sobre Alice me permiten eludir de momento el tener que echar un vistazo a mi muñeca. Me siento cobarde mientras trato de encontrar el coraje necesario para remangarme la manga del camisón. Para contemplar de nuevo la mancha que apareció después de que encontraran el cuerpo de mi padre en la habitación oscura.

Cuando por fin me remango diciéndome que lo que tengo seguirá estando allí tanto si lo miro como si no, debo apretar los labios para ahogar un grito. No es la mancha de la zona inferior de mi muñeca lo que me sorprende, sino lo mucho que se ha oscurecido desde esta misma mañana. Lo nítido que se ha hecho el círculo, aunque aún no acierto a comprender las protuberancias que lo abultan, dando un aspecto irregular a los bordes.

Lucho contra una oleada de creciente pánico. Me parece que debería haber alguna solución, debería hacer algo, contárselo a alguien, ¿pero a quién podría contarle una cosa así? Antes hubiera acudido a Alice, ¿a quién si no podría confiarle un secreto así? Sin embargo, no puedo ignorar la distancia cada vez mayor que nos separa y que me hace recelar de mi hermana.

Me digo que la mancha desaparecerá, que no hay necesidad de contarle a nadie algo tan extraño cuando seguramente habrá desaparecido en unos cuantos días. Instintivamente pienso que me estoy mintiendo, aunque trato de convencerme de que tengo derecho a creerlo en un día como este.

El día en que acabo de enterrar a mi padre.





La débil luz de noviembre extiende sus dedos por la habitación cuando Ivy entra sigilosamente transportando una jarra de agua caliente.

—Buenos días, señorita —deposita el agua en el lavabo—. ¿La ayudo a vestirse?

Me incorporo apoyándome sobre los codos.

—No, gracias. No hace falta.

—Muy bien.

Abandona la habitación con la jarra vacía en la mano.

Aparto las mantas, me encamino hacia el lavabo y remuevo el agua con la mano para enfriarla antes de lavarme. Cuando termino, me seco las mejillas y la frente y me miro en el espejo. Mis verdes ojos son insondables, están ausentes y me pregunto si es posible cambiar de dentro afuera, si la tristeza puede irradiarse hacia el exterior a través de las venas, de los órganos y de la piel para que todos la contemplan. Sacudo la cabeza ante este



pensamiento morbosos y observo en el espejo mi pelo color castaño, que cae suelto sobre mis hombros.

Me quito el camisón, saco unas enaguas y unas medias de la cómoda y comienzo a vestirme. Estoy ajustándome la segunda media al muslo cuando Alice entra de repente sin llamar.

—Buenos días.

Se deja caer pesadamente sobre la cama, mirándome con ese arrebatador encanto tan exclusivo de Alice.

Aún me sorprenden sus naturales vaivenes, que pasan del resentimiento apenas disimulado al pesar o a la franca despreocupación. Sin embargo, no deberían sorprenderme, pues Alice siempre ha sido voluble en sus cambios de humor. Pero su rostro no muestra rastro alguno de tristeza ni de la melancolía de anoche. En honor a la verdad, aparte de su sencillo vestido y de la ausencia de joyas, no parece tener un aspecto diferente al de siempre. Después de todo, tal vez sea yo la única que cambia de dentro afuera.

—Buenos días.

Me apresuro y me sujeto la media, sintiéndome culpable por haber estado holgazaneando tanto rato en mi cuarto mientras mi hermana ya está lista y en pie. Me encamino al armario para buscar un vestido y para eludir unos ojos que siempre parecen estar observando los míos fijamente.

—Deberías ver la casa, Lia. Todo el servicio va vestido de luto por orden de tía Virginia.

Me vuelvo a mirarla y me percató del rubor de sus mejillas y de algo parecido a la excitación en sus ojos. Reprimo mi disgusto.

—Muchos sirvientes observan el periodo de luto, Alice. Todos querían a papá. Estoy segura de que no les importa presentarle sus respetos.



—Sí, bueno, ahora tendremos que quedarnos en casa durante un tiempo interminable y aquí se aburre una tanto. ¿Crees que tía Virginia nos dejará asistir a clase la semana que viene? —continúa sin esperar una contestación—. ¡Claro, a ti te trae sin cuidado! Estarías encantada de no volver jamás a Wycliffe.

No me tomo la molestia de discutir. Es bien sabido que Alice adora la civilizada vida de las chicas de Wycliffe, donde asistimos a clase dos veces por semana, mientras que yo siempre me siento allí como un animal exótico al que miran con lupa. La veo de pronto en la escuela, rutilante bajo los efectos de las sutilezas del protocolo social y me la imagino como a nuestra madre. Debe ser cierto que soy yo quien encuentra placer en el silencio de la biblioteca de papá y que solo Alice es capaz de conjurar el brillo de los ojos de nuestra madre.



Pasamos el día en el silencio casi absoluto del crepitar del fuego. Estamos acostumbradas al aislamiento de Birchwood y hemos aprendido a entretenernos solas entre sus sombrías paredes. Se trata de un día lluvioso como otro cualquiera, salvo por la ausencia de la poderosa voz de papá retumbando desde la biblioteca o del olor de su pipa. No hablamos de él ni de su extraña muerte.

Evito mirar el reloj, temiendo el lento paso del tiempo, que aún se me haría más lento si observase su evolución. Hasta cierto punto funciona. El día pasa más deprisa de lo esperado, las breves interrupciones de la comida y la cena me ayudan hasta que llega la hora de poder abandonarme al sueño.



Esta vez no me miro la muñeca antes de meterme en la cama. No quiero saber si la mancha sigue ahí. Si ha cambiado. Si es más intensa u oscura. Me deslizo en la cama y me hundo en la oscuridad sin ningún otro pensamiento.

Me encuentro en ese estadio intermedio en el que nos sumergimos antes de que el mundo se desvanezca en el sueño, cuando escucho el susurro. Al principio tan solo me llaman por mi nombre, invocándome desde algún lugar lejano. Pero el susurro crece convirtiéndose en una multitud de voces, todas murmurando frenéticamente, tanto que apenas logro entender alguna palabra. Crece y crece reclamando mi atención hasta que ya no puedo ignorarlo ni un segundo más. Hasta que me siento en la cama, mientras resuenan aún en las cavernas de mi mente las últimas palabras susurradas, «La habitación oscura», lo cual no resulta del todo sorprendente. Desde la muerte de mi padre no he dejado de pensar en la habitación oscura. Él no debería haber estado allí, en la habitación que invoca más que ninguna otra el recuerdo de mi madre, su amada esposa difunta.

Y, sin embargo, estaba allí en esos últimos momentos, mientras la vida escapaba de su cuerpo como un espectro.

Deslizo los pies en las zapatillas y me encamino hacia la puerta. Escucho un instante antes de abrirla y echar una mirada al pasillo. La casa está oscura y silenciosa. No se oyen pisadas de los sirvientes en las habitaciones de arriba ni abajo, en la cocina. Debe ser bastante tarde.

Todo esto lo constato en unos segundos, pero de modo casi imperceptible. Lo que atrae mi atención, lo que hace que se me erice el vello de los brazos y de la nuca es la puerta, abierta tan solo una rendija, al final del pasillo.



La puerta de la habitación oscura.

Ya es bastante extraño que solo esté abierta la puerta de esta habitación, pero más extraño aún es el débil resplandor que se filtra por el estrecho hueco que queda entre el marco y la puerta.

Bajo la vista hacia la mancha. Ensombrece mi muñeca incluso en la oscuridad del pasillo. «¿No es esto lo que me he estado preguntando? —pienso—. ¿Será la habitación oscura la clave de la muerte de mi padre o la causa de mi mancha?». Es como si me estuviesen convocando ahora a ese lugar, llamándome para darme las respuestas que tanto tiempo llevo buscando.

Camino sigilosamente por el pasillo, cuidando de levantar los pies para no arrastrar la suela de las zapatillas por el suelo de madera. Cuando llego a la puerta de la habitación oscura, estoy confusa.

Hay alguien dentro.

Una voz dulce pero apremiante llega desde el interior de la habitación. No se trata del frenético murmullo que me ha convocado aquí. Ni de las voces inconexas de una multitud. Dentro hay una sola persona susurrando.

No me atrevo a empujar la puerta para abrirla por miedo a que cruja. En vez de eso, me inclino y me asomo a la habitación por la abertura. Me resulta difícil orientarme a través de una rendija tan estrecha. Al principio no hay más que siluetas y sombras, aunque enseguida distingo la dominante blancura de las sábanas que cubren los muebles, la oscura masa que sé que es el armario de la esquina, y la figura sentada en el suelo, rodeada de velas.

Alice.

Mi hermana está sentada en el suelo de la habitación oscura, su cuerpo envuelto en el resplandor de la suave luz amarilla de



las velas. Murmura como si estuviera susurrándole a alguien a su lado, aunque desde donde estoy no veo ni un alma. Está sentada sobre las rodillas dobladas, con los ojos cerrados y los brazos a ambos lados.

Exploro la habitación con cuidado de no tocar la puerta, no sea que cobre vida y se abra aún más. Pero no hay nadie más allí. Nadie salvo Alice, que murmura para sí misma como en una especie de extraño ceremonial. Pero incluso eso, ese oscuro rito que hace estremecer de miedo todo mi cuerpo, no es lo más extraño de todo.

No, es el hecho de que mi hermana está sentada con la alfombra enrollada a sus espaldas, una alfombra muy desgastada que lleva en la habitación desde siempre, que yo recuerde. Está sentada, como si lo hubiese hecho con la misma naturalidad en incontables ocasiones, dentro de un círculo grabado en el suelo. Bajo la luz de las velas, los ángulos de su rostro son prácticamente irreconocibles, casi duros.

El destemplado frío del pasillo se cuele a través del fino tejido de mi camisón. Retrocedo un paso, los latidos de mi corazón se aceleran tanto en mi pecho que temo que Alice pueda escucharlos desde el interior de la habitación oscura.

Cuando me doy la vuelta para emprender la marcha por el pasillo, tengo que reprimir las ganas de correr. Pero, en lugar de eso, camino pausadamente y me meto en mi habitación, cierro la puerta tras de mí y me refugio en el abrigo y la comodidad de mi cama. Permanezco despierta largo rato, tratando de alejar de mi mente la imagen iluminada de Alice en el interior del círculo y los murmullos de su voz dirigidos a alguien que no estaba allí.



A la mañana siguiente me levanto cuando la luz entra a raudales por la ventana y me remango la manga del camisón por encima de la muñeca. La mancha se ha oscurecido aún más, el círculo se ha hecho más grande y es más prominente.

Y hay algo más.

Bajo la cruda luz del día parece bastante evidente de qué se trata eso que rodea al círculo. Paso un dedo por la mancha, protuberante como una cicatriz, siguiendo el trazado de la serpiente enrollada sobre sí misma alrededor de los bordes del círculo hasta que su boca devora su propia cola.

El Jorgumand.

Pocas chicas de dieciséis años lo conocerán, pero yo reconozco el símbolo por los libros de mitología de mi padre. Me resulta al mismo tiempo familiar y aterrador. ¿Por qué ha aparecido ese símbolo en mi piel?

Durante un instante tan solo me planteo contárselo a tía Virginia. También ella ha sentido dolor y preocupación por la muerte de papá. Al ser nuestra única pariente viva, ahora depende de ella nuestro bienestar. No voy a añadir otra preocupación más a las que ya tiene.

Me mordisqueo el labio inferior. Es imposible pensar en mi hermana sin recordarla en el suelo de la habitación oscura. Decido preguntarle qué estaba haciendo. Dadas las circunstancias, se trata de una pregunta lógica. Y luego le mostraré la marca.

Tras vestirme, salgo al pasillo dispuesta a buscar a Alice. Espero que no esté paseando por los jardines, tal como acostumbra desde niña. Será mucho más fácil localizarla si está tomando el sol en su rincón favorito del patio que buscarla por los campos y bosques que rodean Birchwood. Mientras me doy la vuelta para

alejarme de mi cuarto, mis ojos se vuelven con disimulo hacia la puerta cerrada de la habitación oscura. Desde aquí tiene el mismo aspecto de siempre. Hasta es posible imaginar que mi padre aún está vivo en la biblioteca y que mi hermana nunca ha estado arrodillada en el suelo de la habitación prohibida, amparada en el misterio de la noche. Aunque lo haya estado.

Antes de ser plenamente consciente de ello, mi mente ya está preparada. Cruzo apresuradamente el pasillo. No me paro a pensarlo ante el umbral de la puerta de la habitación, sino que apenas tardo unos segundos en abrirla y entrar.

La habitación está tal como la recuerdo, las cortinas corridas para no dejar pasar la luz del día, la alfombra de nuevo en su sitio, sobre el suelo de madera. En el aire se percibe una extraña energía latente, una vibración que parece bullir por mis venas. Sacudo la cabeza y el sonido casi desaparece.

Me dirijo a la cómoda y abro el cajón de arriba. No debería estar sorprendida de encontrar aquí las cosas de mi madre, aunque en cierto modo lo estoy. Durante la mayor parte de mi vida, ella no ha sido más que una idea. En cierto modo, la fina seda y los encajes de sus enaguas y de sus medias la hacen parecer muy real. De pronto puedo verla, una mujer de carne y hueso, vistiéndose para empezar el día.

Me obligo a mirar entre su ropa interior en busca de algo que pudiera explicar la presencia de mi padre en la habitación a la hora de su muerte: un diario, una antigua carta, cualquier cosa. Al no encontrar nada, hago lo mismo en los otros cajones, sacando cosas y buscando hasta el fondo. Pero no hay nada. Nada, salvo el forro de papel del cajón, que hace tiempo que perdió su aroma.



Me apoyo ligeramente contra el tocador e inspecciono la habitación en busca de otros escondites posibles. Me dirijo a la cama, me arrodillo, levanto la colcha fantasmal y me asomo debajo. Está todo impecable, sin duda las criadas han limpiado el polvo y las telarañas durante la última ronda de limpieza.

Mi mirada se posa en la alfombra. La imagen de Alice en el interior del círculo está grabada en mi memoria. Sé lo que vi, pero no puedo evitar echar un vistazo. Para estar segura.

Camino hacia la alfombra y estoy al borde de ella cuando comienza a zumbarme la cabeza, a cerrarse la vibración sobre mis pensamientos, mi visión, hasta que creo que voy a desmayarme. Se me entumecen las puntas de los dedos y comienzo a notar un irritante cosquilleo en los pies que se extiende hacia arriba, hasta que temo que ambas piernas se me aflojen definitivamente.

Y entonces comienzan los susurros. Son los mismos susurros que escuché anoche antes de venir a la habitación oscura. Pero esta vez son amenazantes, como si me exhortaran a marcharme diciéndome que vuelva atrás. De mi frente brota un sudor frío y comienzo a temblar. No, a temblar no. A estremecerme. Me estremezco con tanta violencia que me castañetean los dientes antes de caerme al suelo delante de la alfombra. Mi instinto de conservación me grita que me marche, que me olvide definitivamente de la habitación oscura.

Pero tengo que comprobarlo por mí misma. Tengo que hacerlo.

Mi mano se mueve y se agita frente a mis ojos hasta que alcanza el borde de la alfombra. Los susurros aumentan de volumen hasta que el zumbido de múltiples voces se convierte en un grito dentro de mi cabeza. Me obligo a seguir adelante, a agarrar

la esquina de la alfombra con unos dedos que apenas son capaces de cerrarse sobre el delicado tejido.

La echo atrás y cesan los susurros.

Ahí está el círculo, lo mismo que anoche. Y pese a que los susurros se han acallado, la reacción de mi cuerpo ante el círculo se vuelve más violenta aún. Creo que voy a vomitar. Sin el abrigo de la oscuridad compruebo que son recientes las hendiduras donde la madera ha sido extraída para formar el círculo. No se trata de un vestigio de la estancia de mi madre en la habitación oscura, sino de algo mucho más reciente.

Vuelvo a colocar la alfombra encima del círculo y me alzo sobre mis tambaleantes piernas. No voy a dejar que eso me ahuyente de la habitación. De la habitación de mi madre. Me obligo a ir hacia el armario tal como había planeado, aunque he de rodear la alfombra, pues mis pies no pueden, no permiten que me acerque demasiado.

Abro las puertas del armario y efectúo una rápida inspección, a sabiendas de que no es tan concienzuda como debería ser y de que ya no me importa tanto. Ahora sí que tengo que salir de la habitación.

En cualquier caso, dentro del armario no hay nada digno de mención. Algunos vestidos viejos, una capa, cuatro corsés. Lo que trajo a mi padre a esta habitación es tan inexplicable como el porqué de la presencia de Alice aquí anoche y lo que ahora me ha traído a mí al mismo lugar.

Camino alrededor de la alfombra dirigiéndome hacia la puerta lo más rápido posible sin echar a correr. Cuanta más distancia pongo entre mí y la alfombra, entre mí y el círculo, tanto mejor me siento, aunque no bien del todo.



Cierro la puerta tras de mí con más fuerza de la que debiera. Me apoyo contra la pared y expulso la bilis que ha surgido en mi garganta. No sé cuánto tiempo permanezco allí de pie, recuperando el aliento, esforzándome por contener esos síntomas físicos, pero durante todo ese rato cosas aterradoras invaden mi mente.





El día es como un diamante, maravillosamente cálido, pero sin llegar a ser sofocante. Henry está sentado en su silla junto al río, con Edmund. Es uno de los lugares favoritos de Henry y, aunque yo era pequeña, recuerdo bien la construcción del estrecho sendero de piedra que conduce casi hasta la orilla del agua. Nuestro padre lo construyó cuando Henry apenas era un bebé al que le gustaba el sonido de las piedras lanzadas al agua. No es raro encontrarse a Edmund y a Henry a orillas de la corriente del agua, tirando piedras y haciendo pequeñas apuestas secretas que tía Virginia tiene prohibidas, aunque las pasa por alto.

Doy la vuelta a la casa y me alivia ver a Alice en el patio, fuera del invernadero. Además de los amplios espacios abiertos que rodean la casa por todos lados, el invernadero acristalado es su lugar favorito, pero está cerrado de noviembre a marzo a causa del frío. Durante esos meses, a menudo te la encuentras en el patio envuelta en una manta y sentada en una



de las sillas de fuera, incluso en días que yo encuentro desagradablemente fríos.

Tiene las piernas estiradas, los tobillos cubiertos por las medias, y enseña bastante más de lo que se considera apropiado en cualquier lugar excepto dentro de los confines de Birchwood Manor. Su rostro, de nuevo suave y redondeado, en contraste con las duras aristas de anoche, está cara al sol, con los ojos cerrados. La sombra de una sonrisa juguetea sobre sus labios, que están curvados hacia arriba en una expresión que lo mismo podría ser de malicia que de bienestar.

—¿Por qué estás ahí de pie observándome fijamente, Lia?

Me ha sobresaltado su voz y el modo en que su rostro permanece imperturbable. No he hecho ningún ruido, me he detenido en el césped antes de pisar las piedras que habrían anunciado mi llegada. Y aun así sabe que estoy aquí.

—No estaba observándote, Alice. Solo te estaba mirando. Pareces tan feliz...

Los tacones de mis botas resuenan en el patio mientras camino hacia ella y trato de ocultar el tono de acusación que empieza a delatar mi voz.

—¿Y por qué no iba a estar feliz?

—Me preguntaba por qué lo estarías, Alice. ¿Cómo puedes ser feliz en un momento como este?

Mi rostro se enciende de ira y de pronto me alegro de que tenga los ojos cerrados.

Como si hubiese leído mi mente, abre los ojos y se concentra en mi cara.

—Papá ya no está en el mundo material, Lia. Está en el cielo con mamá. ¿No es ahí donde querría estar?



En su expresión hay algo que me desconcierta, una sombra de tranquilidad y de felicidad que no parece precisamente adecuada tras la reciente muerte de nuestro padre.

—Yo... no lo sé. Ya perdimos a mamá. Creo que a papá le habría gustado quedarse y cuidar de nosotros.

Ahora que lo he dicho en voz alta suena algo infantil y una vez más pienso que Alice es la más fuerte de las dos.

Vuelve la cabeza hacia mí.

—Estoy segura de que aún cuida de nosotros, Lia. Y, además, ¿por qué íbamos a necesitar protección?

Me percató de las cosas que no ha dicho. No sé a qué se refiere, pero apuntan a algo oscuro y de pronto estoy asustada. De repente sé que no voy a preguntarle a Alice lo que estaba haciendo en la habitación oscura ni voy a enseñarle la marca, aunque no puedo expresar con palabras la razón.

—No tengo miedo, Alice. Le echo de menos, eso es todo.

No me contesta, otra vez ha cerrado los ojos frente al sol y se ha instalado en su pálido rostro una expresión de calma. No queda nada por decir ni nada por hacer excepto darse la vuelta y marcharse.

Cuando regreso a la casa, sigo el sonido de las voces procedentes de la biblioteca, sin conseguir entender lo que dicen, pero son voces masculinas y me quedo escuchando durante un minuto disfrutando de sus vibraciones de barítono antes de abrir la puerta. James levanta la vista cuando entro en la habitación.

—Buenos días, Lia. No estaríamos haciendo demasiado ruido, ¿verdad?

Su saludo revela cierta impaciencia y me doy cuenta de inmediato de que desea decirme algo en privado.



—No, para nada —digo sacudiendo la cabeza—. Es agradable volver a escuchar ruidos en el despacho de papá —el señor Douglas está escudriñando la cubierta marrón de un grueso volumen con una lupa—. Buenos días, señor Douglas.

Alza la mirada y parpadea como para aclarar su visión antes de asentir amablemente.

—Buenos días, Amalia. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Estoy bastante bien, señor Douglas. Gracias por preguntar y gracias por continuar con la catalogación de los libros de mi padre. Deseaba tanto ver esta tarea terminada. Le habría hecho feliz saber que el trabajo continúa.

De nuevo asiente sin sonreír y el silencio se impone en la habitación con la pena compartida de los amigos. Siento alivio cuando el señor Douglas se muestra preocupado, aparta la mirada y revuelve por ahí en busca de algo que parece haber perdido.

—Bueno... ¿dónde estará ese maldito libro de contabilidad? —aparta papeles a un lado a un ritmo cada vez más frenético—. ¡Ah! Creo que lo dejé en el carruaje. Vuelvo en un momento, James. Sigue tú.

Se da media vuelta y se marcha de la habitación.

James y yo nos quedamos de pronto rodeados por el silencio que deja la marcha de su padre. Llevo mucho tiempo sospechando que el interminable trabajo de catalogación de la biblioteca tenía que ver tanto con el deseo de mi padre de vernos juntos a James y a mí como con sus constantes adquisiciones para la colección. Lo mismo que con sus opiniones respecto a las mujeres y el intelecto, mi padre no era un conformista en lo referente a las diferencias sociales. Nuestros vínculos con los

Douglas se basan en un afecto sincero y en una común afición por los libros antiguos. Pese a que en el pueblo hay gente que indudablemente cree que esa amistad es impropia, mi padre jamás dejó que las opiniones de los demás influyeran en la suya.

James extiende su mano para coger la mía y atraerme con delicadeza hasta él.

—¿Cómo estás, Lia? ¿Puedo hacer algo por ti?

La preocupación en su tono de voz, el brusco interés agujiorean las lágrimas en mis ojos. De pronto me inundan la tristeza y el alivio al mismo tiempo. A salvo en compañía de James, me doy cuenta de la tensión de mis constantes precauciones en torno a Alice.

Niego con la cabeza y carraspeo un poco antes de atreverme a hablar.

—No. Creo que solo será cuestión de tiempo acostumbrarse a la ausencia de papá.

Trato de sonar firme, pero las lágrimas se derraman sobre mis mejillas. Me cubro la cara con las manos.

—Lia, Lia —aparta mis manos y las sujeta entre las suyas—. Sé lo mucho que tu padre significaba para ti. Ya sé que no es lo mismo, pero yo estoy aquí para cualquier cosa que necesites. Lo que sea.

Sus ojos se derriten en los míos, y el *tweed* de su chaleco acaricia mi vestido. Una familiar oleada de calor se abre paso desde mi estómago hasta los más lejanos recovecos de mi cuerpo y hasta esos secretos lugares que aún no son más que una distante promesa.

Muy a su pesar, retrocede un paso, se endereza y se aclara la garganta.



—Es posible que quizás algún día mi padre se acuerde de sacar el libro de contabilidad del carruaje, aunque para nosotros es una suerte que siempre se le olvide. ¡Ven! Deja que te enseñe lo que he encontrado.

James tira de mí y me veo a mí misma sonriendo a pesar de las circunstancias, a pesar de que sus dedos casi están tocando mi marca.

—¡Espera! ¿De qué se trata?

Deja caer mi mano cuando extiende la suya hacia la estantería al lado de la ventana, tras un montón de libros apilados en espera de ser catalogados.

—Esta mañana he descubierto algo interesante. Un libro que adquirió tu padre, en el que ni me había fijado.

—¿Qué libro?

Mis ojos se iluminan cuando queda a la vista el negro volumen.

—Este —lo sostiene frente a mí—. Lo encontré un par de días después de... —sin saber cómo referirse a la muerte de mi padre, sonrío con tristeza y continúa—: Bueno, lo puse detrás de los otros para poder enseñártelo antes de catalogarlo. Estaba en un panel oculto en la parte trasera de uno de los estantes. Mi padre, como siempre, estaba buscando sus anteojos y no lo vio. Tu padre... Bueno, es obvio que tu padre no quería que nadie supiese que estaba aquí, aunque no estoy seguro de por qué. Pensé que querías verlo.

Cuando poso la mirada sobre el libro, noto cierta tensión, como si lo reconociese, aunque estoy segura de que no lo he visto en toda mi vida.

—¿Puedo?

Extiendo la mano para cogerlo.

—Por supuesto. Te pertenece a ti, Lia. O... pertenecía a tu padre y supongo que ahora te pertenece. Y a Alice y a Henry, claro.

Aunque esto se le ocurre en el último momento. Me entrega el libro.

En mis manos el cuero se nota fresco y seco, la cubierta está decorada con un dibujo cuyas figuras en relieve apenas noto bajo mis dedos. Es muy antiguo, eso es evidente.

Consigo hablar, aunque el libro me tiene demasiado fascinada como para levantar la vista hacia James.

—¿Qué es?

—Ahí está la cosa. No estoy seguro. Nunca había visto nada igual.

La cubierta suspira y cruje cuando la abro, pequeños fragmentos de cuero se esparcen en el aire por debajo del libro como partículas de polvo a la luz del sol.

Curiosamente, no hay más que una página cubierta de palabras, que vagamente identifico como latín. De repente siento no haber prestado más atención a las clases de idiomas en Wycliffe.

—¿Qué es lo que dice?

Se inclina rozándome el hombro mientras examina la página.

—Dice: «*Librum Maleficii et Disordinae*» —me mira a los ojos—. ¿Más o menos? *El libro del caos*.

—¿*El libro del caos*? —sacudo la cabeza—. Mi padre jamás lo mencionó y yo conozco su colección tan bien como él.

—Lo sé. Y tampoco creo que se lo mencionara nunca a mi familia. A mí no, seguro.

—¿Qué clase de libro es este?



—Bueno, recordé que tenías problemas con el latín, así que me lo llevé a casa e hice una traducción. Estaba seguro de que querrías saber más.

Un brillo destella en sus ojos con estas últimas palabras, que interpreto como una pequeña broma con respecto a mi inagotable curiosidad.

Entorno los ojos, sonriendo, solo para fingir exasperación ante James.

—Qué más da, ¿qué dice?

Se vuelve a mirar el libro y carraspea antes de comenzar.

—Empieza así: «Perduró la humanidad a través del fuego y la concordia hasta el envío de los guardianes, que tomaron como esposas y amantes a las mujeres del hombre, provocando Su cólera».

—¿Es una historia? —pregunto sacudiendo la cabeza.

James hace una pausa.

—Eso creo, aunque nunca la había oído.

Paso la extraña página. No sé lo que estoy buscando, pues está claro que no hay nada más.

—A partir de ahí —añade antes de que yo empiece a hacer preguntas— continúa diciendo: «Dos hermanas concebidas en el mismo océano fluctuante: una, la guardiana; otra, la puerta. Una, vigilante de la paz; otra, trocando magia en devoción».

—Dos hermanas concebidas en el mismo océano fluctuante... No entiendo.

—Creo que es una metáfora. Sobre los fluidos del nacimiento. Creo que se refiere a unas gemelas. Como tú y Alice.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. «Como tú y Alice».

«Y como mi madre y tía Virginia, y antes de ellas su madre y su tía», pienso.



—¿Y lo de la guardiana y la puerta? ¿A qué se refiere?

Se encoge un poco de hombros cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—Lo siento, Lia. Sobre esa parte no se me ocurre nada.

La voz del señor Douglas surge del fondo del vestíbulo y nos volvemos para mirar la puerta de la biblioteca.

—¿Has traducido toda la página?

—Sí. Yo... Bueno, en realidad lo anoté para ti.

Se mete la mano en el bolsillo justo cuando la voz del señor Douglas se escucha al otro lado de la puerta, proporcionándonos un amable aviso de su llegada.

—Muy bien, Virginia. ¡Un té estaría muy bien!

Poso una mano en el brazo de James.

—¿Me lo puedes llevar al río más tarde?

El río es nuestro lugar de encuentro habitual, aunque normalmente no para algo tan serio como un libro.

—Bueno... Sí. ¿Cuando hagamos un descanso para comer? ¿Puedes encontrarte conmigo a esa hora?

Asiento con la cabeza y le entrego el libro cuando su padre entra por la puerta.

—¡Ah, aquí está! Ya ves, James, tal como dije. ¡Con la edad estoy perdiendo el juicio! —exclama el señor Douglas blandiendo en el aire un libro de contabilidad forrado en cuero.

—Bobadas, papá —dice James con una sonrisa radiante—. Simplemente estás demasiado ocupado, eso es todo.

Apenas escucho a medias sus bromas. ¿Por qué estaría el libro escondido en la biblioteca? No era propio de mi padre guardarse para él solo un hallazgo tan raro e interesante, aunque únicamente se me ocurre que tendría alguna razón para hacerlo.



Y yo tengo mis propias razones para querer saber más.

No puede deberse solo a la casualidad que encontraran muerto a mi padre en el suelo de la habitación oscura o que poco después yo me descubriese la marca, que viese a mi hermana en medio de su espeluznante ritual y que haya llegado a mis manos este extraño libro perdido. No estoy segura del significado de todo ello o de qué relación tienen esos sucesos, aunque estoy convencida de que la tienen.

Y quiero averiguarlo.





Henry y Edmund ya no están en el río. Edmund siempre ha sido muy protector con Henry y ahora que nuestro padre se ha marchado sin duda lo será más aún. El aire está frío, un presagio del invierno que está por llegar, y preocuparse por Henry es un hábito para todos nosotros.

Sigo el sendero hasta el final en dirección al río, pisando los tablones de madera y abriéndome paso hacia la roca que descansa al amparo de un gigantesco roble. La calma se apodera de mí cuando me acomodo sobre la roca que James y yo decimos que es nuestra. Aquí se tiene la impresión de que nada malo o aterrador puede pasarte y cuando oigo aproximarse a James, casi me he convencido a mí misma de que todo está en orden.

Le sonrío cuando se acerca y le miro a la luz del sol mientras se detiene frente a mí. Me coge de la mano y con una sonrisa tira de mí para ponerme en pie.



—Lo siento. Estábamos terminando con la colección de *Historia de la religión*. Mi padre quería completarla antes de parar a comer. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Me atrae hacia él, aunque con una delicadeza recién estrenada, como si la muerte de mi padre me hubiese vuelto más frágil. Y supongo que así es, aunque no me gustaría admitirlo delante de nadie. Únicamente James me conoce lo bastante bien y me ama lo suficiente como para reconocer mi dolor aunque mi aspecto por fuera sea el mismo.

Sacudo la cabeza.

—No, no demasiado. De todos modos, esperarte en este sitio me resulta agradable. Es un lugar que me recuerda a ti mientras te espero.

Inclina la cabeza y coloca un dedo sobre mi rostro, delineándolo desde los rizos sueltos de mi sien, bajando por el ángulo prominente de mi mejilla y cruzando la curva de mi mandíbula.

—A mí todo me recuerda a ti.

Posa sus labios sobre los míos. El beso es suave, aunque no necesito la fuerte presión de sus labios para sentir la urgente atracción de su cuerpo por el mío. Se echa hacia atrás, tratando de protegerme, de no presionarme en estos días estando tan reciente la muerte de mi padre. No existe una forma elegante de decirle que presione cuanto quiera, que su boca y su cuerpo son las únicas cosas que me mantienen aferrada a una realidad que jamás me había cuestionado hasta estos últimos días.

—Sí, bueno... —se endereza con firmeza—. Ven. Me he traído las anotaciones sobre el libro.

Se agacha, se coloca sobre la roca y yo me acomodo a su lado, la falda del vestido se me arruga cuando roza la tela áspera

de sus pantalones. Se saca el libro de la chaqueta junto con una hoja de papel doblada. Alisándola sobre su muslo, agacha su dorada cabeza sobre las letras inclinadas que cubren la página de arriba abajo.

—Se trata de una historia antigua, si se fía uno del libro.

—¿Qué clase de historia?

—Un cuento sobre ángeles o... demonios, me parece. Toma, puedes leerlo tú misma.

De nuevo se inclina sobre la roca y me tiende el libro y sus notas.

Durante un breve instante no me apetece leerlo. Me pregunto si no habrá alguna manera de ignorarlo. De seguir adelante sin más, tal como he hecho siempre, fingiendo que nada de eso existe. Pero no dura mucho. Incluso ahora siento los engranajes de una enorme maquinaria invisible girando a mi alrededor. Seguirán dando vueltas haga lo que haga. No sé cómo, pero lo sé.

Agacho la cabeza sobre la reconfortante escritura de James, extrañamente conjugada con el horror de unas palabras que no son suyas:

Perduró la humanidad a través del fuego y la concordia
hasta el envío de los guardianes,
que tomaron como esposas y amantes a las mujeres del hombre,
provocando Su cólera.

Dos hermanas concebidas en el mismo océano fluctuante:
una, la guardiana; otra, la puerta.

Una, vigilante de la paz;
otra, trocando magia en devoción.

Expulsadas del cielo, las almas se perdieron



mientras las hermanas continúan la batalla
hasta que las puertas reclamen su regreso
o el ángel retorne las llaves del abismo.
Avanzará entonces el ejército a través de las puertas.
Samael, la bestia, a través del ángel.
El ángel, guardado solo por un tenue velo protector.
Cuatro marcas, cuatro llaves, círculo de fuego,
emergidos del primer aliento de Samhain
bajo la sombra de la mística serpiente de piedra de Aubur.
Dejad que la puerta del ángel se abra sin las llaves,
que pasen las siete plagas y no retornen.

Muerte.

Hambre.

Sangre.

Fuego.

Oscuridad.

Sequía.

Ruina.

Abre tus brazos, señora del caos,
que la confusión de la bestia fluya como un río,
pues todo estará perdido cuando las siete plagas se inicien.

Me he fijado en la rareza de este libro, que solo tiene una página. No sé tanto de libros como James, pero hasta yo me doy cuenta de lo inusual que es poseer un libro encuadernado y con una sola página impresa.

—¿No tendría que haber más? Aquí no hay nada. Nada más después de esa historia. Da la impresión de que debería haber algo más. Algo que relatara lo que sucede después...

AGRADECIMIENTOS

La trayectoria hasta la publicación de este libro incluye cinco manuscritos inéditos y más personas maravillosas de las que puedo nombrar. No obstante, lo intentaré. Doy las gracias primero a Steven Malk, el más sincero defensor de la literatura infantil y juvenil que conozco: tu instinto y tu talento son inestimables. A mi fantástica editora Nancy Consecu, por su apoyo y su talento profesional, tan gratificantes. Al Departamento de Derechos Subsidiarios de Little Brown por ayudar a la profecía a conquistar el mundo y a todo el equipo de relaciones públicas y marketing de Little Brown. No existe ningún equipo de personas más entusiastas y competentes. A mis lectores y extraordinarios amigos Madeline Rispoli, Beth Helms, Karen Barton y Jackie Lynch. A mis amigas Karla Galazzo, Eileen Cole y Kathy Strucker: la vida sería mucho más triste sin las patatas fritas y las locas conversaciones de sobremesa. A Maddi Collier, mi primera admiradora, que tiene un brillante futuro por delante como poeta y escritora. A todos los jóvenes que tan generosamente han compartido conmigo la magia, la alegría, el humor y las penas de la adolescencia: Morgan Doyle, Mike Strucker, Jake Marks, Emily Sawitsky y Conner Raymond. Es un privilegio para mí haberos conocido. Mi especial agradecimiento a Anthony Galazzo, a quien quiero como a un hijo: mi admiración y respeto por tu inteligencia, perspicacia y creatividad; tu entusiasmo por la vida, la lectura y la escritura es un constante recordatorio de por qué me gusta lo que hago. ¡Estoy deseando saber qué pasará después! A mi padre, Michael St. James, por sus genes de escritor. Y ante todo a mis queridísimos hijos Kenneth, Rebekah, Andrew y Caroline Zink, por su resignado sacrificio para que yo pudiera alcanzar mi sueño; sois mi diaria inspiración.